

El amor y el desamor, según Federico Ortiz Quesada

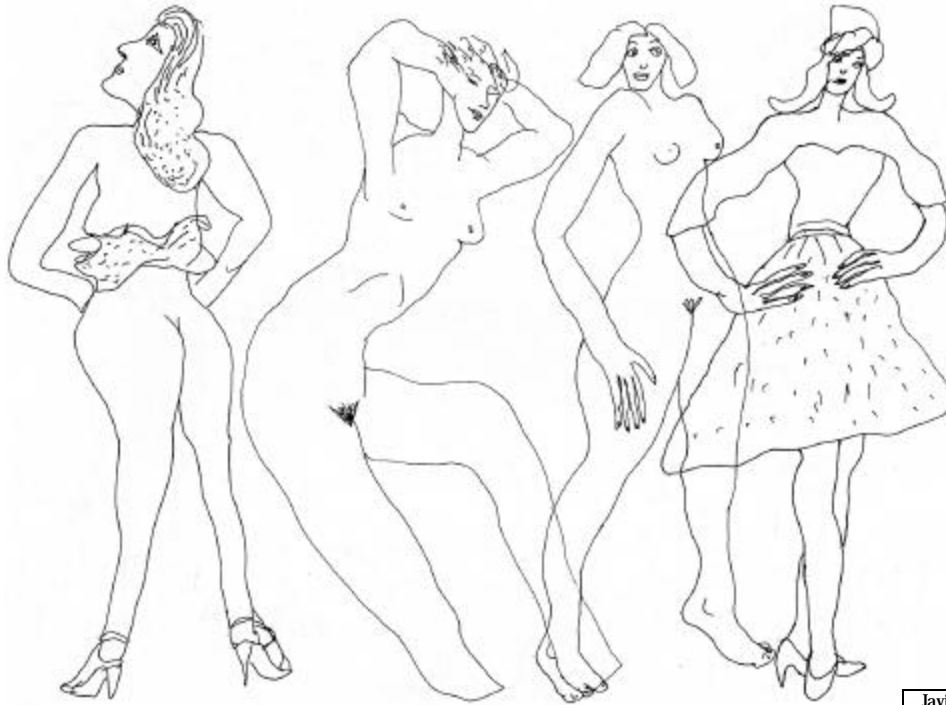
RENÉ AVILÉS FABIOLA

No abundan los libros serios y profundos sobre un tema como es amor y desamor. Hay clásicos del tema como las obras de Erich Fromm, Denis de Rougemont y Roland Barthes. En la literatura el amor es inagotable. Incluso hay quienes como Sade, Miller, Anaís Nin, Bukosvky, hicieron del aspecto sexual el eje de su vida, el motor de sus acciones o aquellos que como John Cleland con *Fanny Hill* y Terry Southern y Mason Hoffenberg con *Candy*, optaron por la visión humorística del sexo. Vladimir Nabokov con *Lolita* y más recientemente Philip Roth con *Animal moribundo*, eligieron a la pareja distinta, el amor de una persona mayor por una de mucho menos edad, y las imaginaron desdichadas. Quizá no tomaron en cuenta la felicidad que alcanzaron parejas disparejas como Charles Chaplin de 54 años de edad y Oona O'Neill de 18, o Pablo Casals con 80 a cuestas y Marta Montañez, su alumna, de apenas 20. Abelardo era mucho mayor que Eloisa y sus relaciones fueron apasionadamente eternas, de ello hay constancia en su correspondencia. Sobre este tipo de amor, que puede quedar dentro del campo platónico, en México tenemos un cuento magistral, el más bello relato de amor escrito en castellano, de Juan José Arreola, "La canción de Peronelle", una hermosa y delicada historia donde una virtuosa doncella se enamora de un viejo poeta y juntos hacen una peregrinación en cuyo final hay solamente una hoja de avellano entre los labios del anciano y los de la niña. Pero en tal sentido, el de la superioridad del arte sobre la ciencia, Federico Ortiz Quesada es muy claro: "Los artistas han logrado comunicar lo esencial del sentimiento amoroso, cosa que no sucede con la ciencia pues su lenguaje

requiere de acotaciones y reglas que reducen el significado del amor; el arte, que posee un lenguaje polisémico y multívoco, puede abordar el amor desde infinitos lugares. Sin embargo, siempre tendremos una idea más completa si conocemos ambas perspectivas, sabiendo que surgen y son transformadas respondiendo al conocimiento y a las necesidades de cada época histórica."

Mucho me temo que la mayoría de los científicos trata el amor como una ciencia o como una pasión sana o insana, según lo hayan experimentado. El amor y el desamor han sido los grandes temas de la literatura, de hecho toda gran literatura encierra un problema sentimental o pasional de pareja o el inevitable triángulo. Las novelas, poemas y dramas han hecho del amor, los celos, el desamor y los múltiples estados de ánimo que producen, incluso la muerte por suicidio amoroso, como en Goethe y su novela *Werther*, el eje de sus acciones. Son pues, los literatos los que mejor nos han dicho qué es el amor y el daño o fortuna que nos producen.

Pero el amor no es simple, es sin duda lo más complejo que el ser humano puede enfrentar. Por ello, Federico Ortiz Quesada, un científico de talla y un escritor formidable ha hecho que ambas tareas (que lo convierten en un humanista en el mejor sentido del término) se mezclen con inteligencia y cultura para explicarnos qué son amor y desamor, en una obra compleja, inteligente, amena y educativa, bien escrita erudita. Federico se pregunta en el arranque del libro, ¿por qué otro libro sobre el tema? Evidentemente da las razones de la elaboración de una obra sobre el tema. Pero la lectura es la mejor respuesta: se trata de un libro que supera a los anteriores porque el autor ha contado con los nuevos elementos y avances que la ciencia y el arte han propiciado. El maravilloso texto es un recorrido amoroso que viene desde antes de los tiempos



Javier Anzures

bíblicos. Es, realmente, un libro hecho después de la lectura de cientos de libros científicos y literarios, pero asimismo está presente la experiencia que Federico ha tenido como un hombre, como alguien que ha sentido la pasión y la ternura del amor y el desdén del desamor. Es, pues, un libro que intenta ser totalizador. Por sus páginas, todas memorables y dignas de una lectura atenta, pasa una reflexión cuidadosa sobre todas las posibilidades del amor y del desamor, allí están las pasiones y los sentimientos, el falso amor, el amor-pasión, el deseo, las fantasías sexuales, los actos sexuales, el orgasmo, la fidelidad, la belleza, el amor en los tiempos de la Grecia clásica y en los bíblicos, las más notables parejas amorosas, los filósofos del amor como Platón, Aristóteles, y Freud, aquellos que reflexionaron sobre un tema harto complejo, la infidelidad y el adulterio, la disfunción sexual, la impotencia, la prostitución, el narcisismo o el amor a sí mismo, la violación, el amor por la muerte, la menopausia y la andropausia... En fin, estamos ante un libro enriquecedor, exhaustivo, que agota las posibilidades de una amplia búsqueda por los terrenos más complicados del espíritu y la carne, lo prohibido y lo permitido ayer y hoy.

El poeta y el dramaturgo, el novelista no dejan de pensar en el amor y todo aquello que implica y desata. El amor no es

nunca algo sencillo, no es simplemente amar o desear, padecer celos o tener relaciones sexuales. Cada mujer es un caso particular, cada varón lo es también, las parejas nunca reproducen idénticas relaciones. El amor es como las huellas digitales o las rayas de los tigres y cebras, no se repiten, son siempre diferentes. Los celos en Radiguet (*El diablo en el cuerpo*) son distintos a los celos en Shakespeare (*Otelo*), la pasión no llega a ser siquiera parecida en *Madame Bovary* que en *El amante de Lady Chatterley*. La ternura en Chejov con *La dama del perrito* es opuesta a la de *La escondida* de Miguel N. Lira. Las putas de Cleland son gozosas como la Melina Mercury de *Nunca en domingo*, como trágicas, detestables, sufridas, son las de Santa de Federico Gamboa.

Vale la pena leer en especial, mi observación es la de un literato, los comentarios de Federico Ortiz Quesada sobre las grandes novelas de amor y sobre las parejas más intensas de la historia de la humanidad, digamos Tristán e Isolda y Romeo y Julieta, Mónica y Federico, Rosario y René. Hay el ojo atento y sensible del mejor crítico literario, quizá del mismísimo escritor.

Todo en el amor y el desamor es de una asombrosa individualidad. De allí que Federico Ortiz Quesada haya hecho una investigación a fondo, vio la literatura y analizó la ciencia, miró

a las religiones y los mitos, estudió a los expertos en el tema y vio su propia experiencia, el amor y el desamor en su vida.

Federico trata con respetuoso cuidado al amor-pasión, sin duda uno de los aspectos fundamentales de la obra y lo es porque no hay hombre o mujer que se haya resistido a ese tipo de relación, porque el amor entra por los ojos y pasa de inmediato al deseo carnal. ¿Cuál es la duración del amor? ¿De qué tipo de amor, el filial, el fraterno, el edípico, el que una hija siente por su padre, como Electra, el pasional? Si hablamos de este último, sabemos que es escaso no en su intensidad sino en su duración. Algunos piensan que son cinco años o menos. El matrimonio y la monogamia tienden a eliminar gradualmente la pasión. Pienso que es posible mantenerla si uno no vive con su pareja, pero es difícil de llevar a cabo en una sociedad o mejor dicho en medio de sociedades atrasadas. Las primeras preguntas de amigos que vuelven a encontrarse son si tienes hijos o si mantienen relaciones con la misma mujer. Todos hablan de eterna felicidad y puede ser. Lo que dudo es que pueda mantenerse una larga, eterna relación de amor-pasión. Federico, en este aspecto, sugiere diversos caminos para estimular la relación amorosa. Piensa que el amor, el gran amor, es la construcción espiritual basada en la comunicación.

Uno tendría que preguntarse si el deseo carnal es más importante que la relación espiritual que une a una pareja madura e intelectual. O al menos si es diferente del deseo sexual desenfrenado que uno siente en la adolescencia y que algunos mantienen a lo largo de su vida. Luis Buñuel, como Andrés Henestrosa y Alí Chumacero han confesado su longevidad sexual. ¿Eso indica que fueron infieles o que lograron mantener una larguísima relación sexual con sus esposas? El matrimonio, señala Federico citando a Nietzsche, es ajeno al filósofo, pero tampoco, añadido yo, parecería para intelectuales distinguidos como Sartre y la Beauvoir, quienes llevaron una espléndida relación amorosa a distancia y compartiéndose con otros. Un caso semejante entre nosotros fue la de Diego y Frida.

Sin duda a todas estas preguntas o inquietudes, razonables en todas las edades, a veces estimuladas por los filmes y novelas amorosos, por las lecturas científicas que tratan el tema, es posible encontrar respuestas en el libro de Federico Ortiz Quesada, una obra monumental que está destinada a

convertirse en un clásico de las letras mexicanas y del castellano.

En alguna parte, Federico Ortiz Quesada expresa una idea que bien puede ser una de las conclusiones de la atractiva lectura de su libro: “La aseveración expuesta está en los mitos primigenios, sobre todo en los griegos: el amor a lo bello es la espiritualidad y el amor vulgar es el instintivo. Todos queremos vivir un gran amor y, para hacerlo, debemos aceptar las enseñanzas que la humanidad en su conjunto nos brinda.”

El desamor es entonces una consecuencia de una serie de patologías, de personas que no supieron buscar la felicidad en la sabiduría, el sexo es importante, pero una vez que ha transcurrido qué, de qué hablamos o qué hacemos. Es aquí cuando entra la inteligencia y la cultura, quizá la experiencia. Recuerdo que uno de mis personajes masculinos, me parece que en mi novela Tantadel, afirma: “Hago el amor por amor, no por razones animales o para reproducirme”. Creo que esta idea le da grandeza a la pareja. El orgasmo siempre será soberbio si de por medio hay otros valores como la ternura, el cariño, el respeto y la comprensión. Por ello, D. H. Lawrence decía que peor que una prostituta era la esposa. La primera se entregaba por placer o por gusto, sin duda por el dinero, pero la esposa lo hacía, explicaba el escritor inglés, por obligación y para garantizar el gasto y la presencia del esposo. Hoy parece una idea obsoleta, ahora que la mujer no es dependiente y trabaja igual que el esposo. Lo mismo ocurre con la idea de la igualdad entre hombres y mujeres, ésta sólo aparecerá cuando la división del trabajo por sexos haya desaparecido, cuando el hombre comparta la cocina y el cuidado del bebé y la mujer aporte dinero a los gastos familiares. La dependencia de uno o de otro jamás tolerará la igualdad.

El libro de Federico Ortiz Quesada no es para una lectura, lo es para muchas, para consultarlo, para saber cómo y qué es la relación amorosa entre heterosexuales y la que sienten los homosexuales. Para saber cuál es el origen del amor, su desarrollo y evolución, para conocernos mejor como individuos y como colectividad. El mundo siempre ha girado en torno al amor y seguramente al desamor. ■